La hija de Julio Leroux preguntó otra vez:

—¿Y ocurren con frecuencia en el mundo cosas tan odiosas?

—Por desgracia con harta frecuencia, querida niña.

—¿Sabeis que inspira miedo?

—Sin duda—continuó el marqués con exaltacion,—pero hay almas escogidas que flotan sin mancha sobre el fango de la tierra, y una de ellas es la vuestra. Hay ángeles cuyas alas no ha manchado el mundo, y uno de ellos sois vos.

Lazarine sonrió.

—No hableis así—dijo la jóven—porque vais á hacerme orgullosa.

—¿Orgullosa, vos? ¡Qué tontería! Sois demasiado perfecta para que tengais defecto alguno —replicó Roberto, quien continuó:

—Esto duró algun tiempo y no sin bastante escándalo. Empezaban á hablar en todas partes y se hacian comentarios acerca de los amores del conde de Gordes y la señora de Braines.

El único que nada sabía era el marido, y su ceguera era tan extraña y tan inverosímil, que ciertas gentes le acusaban de complacencia para con un amigo diez veces millonario, y se apartaban de su camino negándole hasta el saludo.

Estas gentes calumniaban de un modo horrible al pobre hombre.

Una mañana, y cuando me disponia á almorzar, mi ayuda de cámara anunció á Raul de Gordes.

Salí á su encuentro inquieto al ver su palidez y la sombría expresion de su semblante.

—¿Sucede alguna desgracia?—exclamé.

Me contestó afirmativamente con un ademan de cabeza.

No me engañaba, la desgracia existia.

El conde venia á rogarme que fuera yo uno de sus padrinos.

El señor de Braines, advertido por una carta anónima, habia acechado á los amantes y los habia sorprendido.

—Podria mataros á los dos—les dijo,—estoy en mi derecho, pero no es así como pretendo vengar la injuria. Sois dos miserables, porque sabíais que os amaba y tenia una confianza ciega en vosotros. Arrojo de mi casa esa mujer que llevaba mi nombre. En cuanto á vos, hoy os abofeteo y mañana os mataré.

La Señora de Braines, loca de vergüenza, desesperacion y espanto, habia huido, y el conde de Gordes, en aquel momento, ignoraba donde pudiera estar.

Por culpable que me pareciera el señor de Gordes, no podia negarle ser su padrino; así es

que le acompañé en el lance. Presentóme á su otro padrino y conferenciamos con los de Enrique de Braines.

Convínose en que el lance se verificara al amanecer del dia siguiente, á florete, en una plazoleta de un bosque situado á un cuarto de legua de la Granjette.

A la hora fijada, todos estábamos en el lugar convenido de antemano, incluso el cirujano que llevó el conde de Gordes.

He presenciado, tomando parte mas ó menos activa, bastantes duelos. Jamas he visto otro tan espantoso como éste.

El señor de Braines gozaba de buena reputacion como tirador; pero Raul de Gordes, desde muy jóven, habia frecuentado las salas de armas de Paris, siendo uno de los primeros tiradores. Su superioridad era evidente.

Tenia literalmente, por decirlo así, la vida de su adversario en la mano; lo cual hizo patente desde el primer momento á los primeros quites.

Pero tampoco era menos cierto que el jóven conde, dominado por un sentimiento caballeresco fácil de comprender, no queria utilizar su ventaja, sino para proporcionar la victoria al hombre á quien habia ultrajado.

No se contentaba con no atacar, sino que se descubria voluntariamente y no perdonaba me-

dio de ofrecer al señor Braines la satisfaccion de atravesarle el corazon.

Esta generosidad demasiado visible, exasperó al ex-capitan.

—¿Pretendeis perdonarme la vida?—exclamó. —¡Ese es un nuevo insulto! Defendeos si no sois un cobarde! ¡Defendeos para que pueda mataros!

El conde fingió que se defendia; pero lo hacia tan débilmente, que el señor de Braines se enfureció nuevamente.

—¡Ah!—dijo dominado por la ira—yo sabré obligaros á luchar. Vuestras mejillas conservan aún la huella de mis bofetadas de ayer; voy á abofetearos de nuevo con el florete.

Raul queria morir, perc no consentia un ultraje. Hizo un rápido movimiento para parar el golpe de su adversario y evitar que le cruzara el rostro.

El señor de Braines se habia tirado á fondo; el florete del conde de Gordes le atravesó por debajo de la tetilla derecha.

Soltó el florete y cayó á tierra balbuceando:

—¿Es este el juicio de Dios?

Una ola de sangre brotó de su boca; luego quedó inmóvil, sin sentido, con el rostro contraído por el furor y los ojos abiertos.

—¡Qué desgraciado soy!—exclamó Raul arrodillándose junto al cuerpo de su adversario,

sobre la enrojecida tierra.—Queria morir y he matado. ¡Me horrorizo de mí mismo!

Lazarine palideció.

—¿Y habia muerto realmente el señor de Braines?—preguntó.

XVII

—El cirujano se inclinó hácia el cuerpo inanimado—dijo el marqués,—y despues de un exámen que nos pareció interminable, declaró que el baron solo estaba desmayado. Añadió que la herida no le parecia mortal, y que á menos que surgieran complicaciones inesperadas, era posible la curacion del señor Braines; pero que era de urgente necesidad prodigar auxilios inmediatos al herido y tomar toda clase de precauciones.

Tres ó cuatro aldeanos, atraidos al lugar del desafío por la curiosidad de ver un lance, se encontraban ocultos entre el follaje del bosque.

Raul de Gordes hizo una señal.

Acudieron todos. Improvisóse una especie de angarilla con ramas. El herido fué colocado sobre ella, y los aldeanos, largamente recompensados, le condujeron á la Granjette, adonde le acompañó el cirujano.

—¡Gracias al cielo que no le he matado—exmó el conde estrechándome la mano con febril exaltacion.—No sabría esplicaros el consuelo que me dá esta idea. Considerábame ya como un asesino.

—¿Ha sido hallada la infeliz Julia?—le pregunté.

—Sí—me contestó.—Anoche me avisaron que se habia refugiado en una casa de aldeanos en un estado que hará temer una enajenacion metal, pues ni comprendía nada de lo que le hablaban, ni contestaba á pregunta alguna. Corrí en su busca.

¡Pobre mujer! Acurrucada en los ángulos de un cuartito bajo y oscuro, pronunciaba con voz temblorosa frases incoherentes.... No me reconoció. Sin embargo, á fuerza de palabras cariñosas y de súplicas, pude decidirla á que me siguiera, y la conduje al castillo, donde se encuentra.

—¿Continúa loca?

—¡Siempre! Dios sabe si despertará su razon. No desespero de conseguirlo. La emocion fué terrible, es cierto, pero Julia es jóven.

Yo continué:

—¿Qué pensais hacer?

—Abandonar estos lugares y salir de Francia.

—¿Solo?